

Rankings académicos: un esfuerzo complementario y alternativo para evaluar y promover la calidad de la educación superior

Yeleny Zulueta Véliz

Departamento de Grados Científicos, Universidad de las Ciencias Informáticas; La Habana, Cuba.

yeleny@uci.cu

Recibido: 5 ene. 2019

Aceptado: 16 abril 2019

Los rankings académicos de universidades ofrecen, sobre la base de una metodología consensuada, una evaluación cuantitativa del desempeño de un programa, actividad, institución o sistema de educación superior. En 1980 se publicó el **US News and World Report** como una guía para estudiantes que ofrecía datos comparativos sobre diversos programas de instituciones de educación superior estadounidenses. Este es considerado el primer ranking académico y aunque vio la luz hace casi cuatro décadas, fueron la internacionalización de la educación superior y la cultura de aseguramiento de la calidad de los sistemas de educación superior, las que motivaron un creciente interés por este tipo de instrumento comparación internacional de universidades. Así, en 2003, fue publicado el **Academic Ranking of World Class Universities (ARWU)** por el Center for World-Class Universities de Shanghai Jiao Tong University y en 2004, el **World University Ranking** por Times Higher Education y Quacquarelli-Symonds.

Desde entonces, se han ampliado tanto el público interesado como los niveles de incidencia de los rankings en un entorno altamente competitivo. Hacia el interior de las universidades, los rankings permiten identificar sus fortalezas y debilidades y en consecuencia, diseñar políticas, estrategias y planes que les permitan explotar las primeras y eliminar las últimas y además, fomentar la cultura por la calidad en la comunidad académica. Los estudiantes compiten por matricular en las universidades más prestigiosas según los rankings y viceversa; los empleadores compiten por los egresados de las universidades de mejor reputación; las universidades desean obtener los primeros puestos porque esto les permite ser reconocidas y seleccionadas por entidades de financiación públicas o privadas; entre otras dimensiones del referido entorno competitivo.

Los rankings tienen la capacidad de sintetizar datos heterogéneos de variadas fuentes por lo que sin dudas facilitan la toma de decisiones a los diferentes actores. A pesar de sus beneficios, las metodologías subyacentes y el uso que se hace de sus resultados han generado también intensas discusiones sobre sus limitaciones. Entre las críticas a los rankings, podemos encontrar las insuficiencias relacionadas con la definición parcializada de los indicadores y sus pesos, la fiabilidad en la recopilación de la información y los instrumentos de estudios de reputación entre académicos y empleadores. Igualmente se critica la marcada tendencia hacia un modelo universitario estadounidense que dista de las condiciones de otras regiones como Latinoamérica. Por otra parte, universidades con menor enfoque en el ciclo de investigación y producción, son afectadas por la importancia que conceden los rankings a este tipo de resultados. Este no sería un problema si el desarrollo científico no estuviera directamente relacionado con la inversión de recursos financieros en esta área. Entonces el dinero puede llegar a convertirse en un argumento en la medición de la calidad de la educación, ¿es esto adecuado? Otra de las limitaciones está dada por la distribución de los resultados debido a que pequeñas variaciones en los valores finales de evaluación pueden corresponderse con grandes diferencias en el orden final de las instituciones.

Los sistemas de educación superior son por naturaleza complejos y heterogéneos; entonces es imposible representarlos y medirlos en un único modelo. Al igual que otros instrumentos más tradicionales, los rankings académicos, si se utilizan correctamente, pueden evaluar el desempeño académico, contribuir a la consolidación de una cultura de calidad y excelencia académica. Si analizamos su progresiva presencia e influencia en los últimos años, ignorarlos no es una opción inteligente, pero sí lo sería emplearlos inteligentemente como herramienta complementaria de evaluación e información y como motores para promover la transparencia y mejorar el desempeño y el rendimiento de la enseñanza universitaria y con ello la calidad del egresado que entregamos a la sociedad en todos los niveles.

Un ranking, como fotografía de la realidad, puede ser engañado o sobrevalorado y no puede explicar las causas de las debilidades y diferencias de desempeño de las diferentes instancias comparadas, pero sí pueden coexistir con marcos de referencia para la evaluación y acreditación de la calidad de la educación superior que contengan indicadores robustos que eviten una visión reduccionista de la universidad contemporánea.